

XVI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXI Jornadas de Investigación. XX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VI Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VI Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2024.

Las sociedades secretas: el inconsciente como aventura y como concepto.

Baquero, Tomas.

Cita:

Baquero, Tomas (2024). *Las sociedades secretas: el inconsciente como aventura y como concepto*. XVI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXI Jornadas de Investigación. XX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VI Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VI Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-048/264>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evo3/Mqt>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LAS SOCIEDADES SECRETAS: EL INCONSCIENTE COMO AVENTURA Y COMO CONCEPTO

Baquero, Tomas

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

El presente trabajo se propone una reflexión sobre la noción de inconsciente a partir del trabajo que Deleuze y Guattari han hecho en torno a la figura de las “sociedades secretas”. Para ello, se toman dos caminos simultáneos. Por un lado, la reconstrucción de la cuestión de lo inconsciente en tanto concepto, en su fuerza filosófica e investigativa. Por otro lado, el sentido de aventura que propone a la hora de pensar la clínica. La hipótesis de trabajo es que, en ambos casos, el interrogante por el nacimiento conceptual, eso que lleva a la necesidad de un concepto, es lo que ordena ambas experiencias.

Palabras clave

Inconsciente - Nacimiento conceptual - Sociedades secretas - Freud

ABSTRACT

SECRET SOCIETIES: THE UNCONSCIOUS AS AN ADVENTURE AND AS A CONCEPT

This paper proposes a reflection on the notion of the unconscious based on the work that Deleuze and Guattari have done around the figure of “secret societies”. For this purpose, two simultaneous paths are taken. On the one hand, the reconstruction of the question of the unconscious as a concept, in its philosophical and investigative force. On the other hand, the sense of adventure that it proposes when thinking about the clinic. The working hypothesis is that, in both cases, the question of conceptual birth, that which leads to the need for a concept, is what orders both experiences.

Keywords

Unconscious - Conceptual birth - Secret societies - Freud

“Un día nos damos cuenta que, bajo la aparente diversidad de nuestras experiencias y la distribución (desgraciada, creemos) del azar, puede haber tal vez una lógica del deseo que conduce a la vida a fracasar en el mismo punto, en un mismo afecto”
Dufourmantelle, *En caso de amor*

Introducción

El título de este escrito es, por supuesto, una provocación. ¿Por qué *sociedades secretas*? Quisiéramos aquí, para esto, hacer un breve itinerario que nos lleve a un interrogante que Anne Dufourmantelle realiza en su libro *En caso de amor*. Para ello, en primer lugar, debemos situarlo. El interrogante arriba a propósito de una paciente cuya sintomatología está vinculada a una *espera amorosa* -una suerte de promesa- que nunca acaba, que la deja en una posición de extrema pasividad a partir de la cual no logra continuar con su vida. Un primer trabajo interpretativo de la autora sitúa esta espera como una suerte de beneficio que extraeríamos de la obturación del deseo: esperar la atención de una persona amada que sabemos que no llegará nos protege de las aventuras y los peligros de un deseo que no sabemos de antemano a dónde nos llevará. Hasta aquí, suponiendo que el material de cuenta de la hipótesis, nada nos sorprende. Sin embargo, es lícito preguntarnos ¿por qué una espera?, ¿por qué no el rechazo, la ira, la melancolía, la sublimación radical en tal o cual tarea entre tantas otras posibilidades? Se pregunta entonces Dufourmantelle, “¿quién puso así la espera en el corazón del dispositivo, qué lealtades secretas conservaba ella con tanta obstinación?” (2009, p.30).

Siguiendo a Deleuze y Guattari (1980), podríamos pensar que el inconsciente es, en cierto sentido, una *sociedad secreta*: el reverso de la luz del día y al mismo tiempo algo presente, lo que funciona por códigos y contraseñas que no todo el mundo conoce pero que sí escuchan sin saberlo en la calle, una especie de insistencia que aspira en cierta medida a permear todos los espacios del cuerpo social. En suma, aquello que regula de modo no visible muchas de las razones de nuestras prácticas y costumbres y que, además, posee un potencial transformador incalculable para la vida ordinaria de la sociedad civil. Ser *secreto*, nos dicen, no es solamente ser un contenido oculto, sino tener una forma especial de comunicar, transferir: “es necesario que le secreto se inserte, se insinúe, se introduzca entre las formas públicas, haga presión sobre ella y haga actuar a sujetos conocidos” (1980, p.288). Por supuesto, también ocasiona

malestar: ¿qué lealtades inconscientes, secretas, son aquellas que llevan a la paciente del libro a clausurar algo de su deseo sustituyéndolo por aquella satisfacción secundaria del síntoma de la espera? Pero nos interesa un punto más. Como también señalan Deleuze y Guattari, sabemos que las más de las veces las sociedades secretas son fábulas. Grandes historias a partir de pequeños hechos aislados -“¿has visto cómo se miraron?, ¿notaste esa marca en la pared?, son códigos, hay un sentido por detrás”- pero que poseen una eficacia inmensa en lo social, acaso se diría -sin abusar de los diversos sentidos de la noción- una eficacia simbólica.

A la luz de estas observaciones sobre las sociedades y las lealtades secretas, nos interesa situar dos puntos que permitan en su conjunto hacer un uso de las mismas. El primero intenta pensar el inconsciente *en tanto* concepto. Esto es, ¿en qué medida las lealtades secretas, como la sintomatología en general, pueda dar lugar a una hipótesis -acaso detectivesca- en torno a la existencia de lo inconsciente? El caso es que esto ha ocurrido, y tenemos la obra de Freud. Lo que aquí nos interesará, entonces, es reponer la perplejidad de que esto haya sido posible: la creación conceptual. Luego, bajo la otra cara del secreto -cuando abandonamos la espera, para seguir con nuestro ejemplo-, la aventura. ¿En qué medida la hipótesis de lo inconsciente -insistimos, su hipótesis, su concepto- nos arroja a la aventura, cuando la vida cotidiana entra en diálogo con esta suerte de sociedad secreta que también somos? Estos son los puntos que intentaremos recorrer en la brevedad del presente escrito.

En busca de la sociedad secreta o acerca de la creación conceptual

Estamos en una situación que es estrictamente la del cuento policial: nuestro deseo es pensar el inconsciente al modo de una sociedad secreta. Y, en efecto, esto requiere de este aspecto dramático: al decir de Lacan, “la narración acompaña al drama con un comentario, sin el cual no habría puesta en escena posible” (1966, p.24). Este comentario, presente en el seminario dedicado al cuento *La carta robada*, va directamente a nuestra cuestión. Cómo se busca lo que se oculta a simple vista es una pregunta fundamental del psicoanálisis, y preguntarse por la dimensión conceptual de lo inconsciente, hoy, tal vez implique este despliegue. Siguiendo la analogía con la sociedad secreta, no podemos obviar que -acaso más que París- nos encontramos en una ciudad plagada de psicoanálisis. Como ha dicho Moscovici hace tiempo a propósito de aquella Europa, sabemos que “el psicoanálisis abandonó el cielo de las ideas para entrar en la vida” (1961, p.12). Interrogarlo como sociedad secreta implique quizás recuperar esta dimensión de presentación enmascarada. Es decir, recordar que, por definición, lo inconsciente se oculta a plena luz del día.

No es obvio que el psicoanálisis se haya visto llevado a *conceptualizar* lo inconsciente: este es el argumento narrativo que deberíamos intentar sostener para lograr un buen policial. Es

sabido que hay actos de los que la consciencia no puede dar testimonio alguno, pero al decir esto aun no habríamos dicho nada: quienes somos posfreudianxs, nos guste o no, hemos sido expulsadxs de la dificultad que supone formular dicha hipótesis. No se trata de una pregunta contrafáctica -¿podría no haber sucedido?- sino del deseo de, a partir de su existencia en tanto *concepto*, recuperar perplejidades que una concepción sustancializada del inconsciente como “cosa” a descubrir no posee -esta es, por cierto, una de las cosechas del gran trabajo de Moscovici sobre el psicoanálisis y el sentido común. En este sentido, algo nietzscheanamente, nos interesa pensar no el descubrimiento, sino la invención de lo inconsciente. No la reducción del inconsciente a su dimensión conceptual, sino el interés por realizar nosotrxs el procedimiento de interrogarlo *en tanto* concepto.

Si es necesario recortar un período para el interés que buscamos destacar -sin olvidar la importancia, por supuesto, de *La interpretación de los sueños*, ni tampoco de producciones posteriores como las Conferencias- podría encontrar un espacio algo arbitrario pero representativo entre *Lo inconsciente* (1915) y *El yo y el ello* (1923). Es decir, en el trabajo metapsicológico propiamente dicho en tanto exigencia conceptual: “denominaremos ‘metapsicología’ a aquella exposición en la que consigamos describir un proceso psíquico conforme a sus relaciones dinámicas, tópicas, y económicas” (1915b, p.146). La dimensión investigativa (detectivesca) puede verse en el hecho de que la hipótesis del inconsciente esté vinculada a la necesidad de explicar, por ejemplo, el fenómeno de la represión, la correlatividad con dicho concepto (Freud, 1915). Para pensar la represión no es necesario admitir solamente la existencia de un grupo psíquico separado sino una dinámica que, llegado *El yo y el ello*, no puede explicarse sino a condición de admitir la existencia de un inconsciente no reprimido (1915b, p.146). Al mismo tiempo que se constituye como sistema, que se analiza sus modos de funcionamiento y se articula con la clínica (la neurosis traumática, el fort-da, la repetición), la dimensión conceptual retorna (Freud, 1920). Este período se encuentra plagado de interrogantes tales como: ¿hay o no hay sentimientos inconscientes? (Freud, 1915b, p.142), y es Kant allí el invitado para trabajar. Nos permitimos citar el algo extenso pasaje de *El yo y el ello* a propósito de la noción de inconsciente donde Freud, restituyendo por completo su carácter *conceptual*, se pregunta por esta hipótesis en la que trabaja:

“Viéndonos, así, obligados a admitir un tercer lcc no reprimido, hemos de confesar que la inconsciencia pierde importancia a nuestros ojos, convirtiéndose en una cualidad de múltiples sentidos, que no permite deducir las amplias y exclusivas conclusiones que esperábamos. Sin embargo, no deberemos desatenderla, pues en último término, la cualidad consciente o no consciente es la única luz que nos guía en las tinieblas de la psicología de las profundidades” (Freud, 1923, p.199).

En suma, se trata de un período en el que el inconsciente es algo que es necesario *pensar* para poder avanzar. Siguiendo a Mónica Cragnolini (2014), si bien pueden rastrearse influencias filosóficas en Freud para dar cuenta de este trabajo conceptual, quizás a la inversa haya algo de mayor interés aún. Es decir, tomar la elaboración de la noción de inconsciente como un trabajo conceptual a partir del cual interrogar el trabajo filosófico. En *Lo inconsciente* (1915) encontramos una receta para *pensar* el inconsciente cuyo tono argumental bien podría haber hecho parte de un contemporáneo libro de Bergson: nos dice Freud que, así como al ver los actos dispares de alguien más como algo incomprendible en su conjunto podemos suponer como hipótesis que debe haber alguna razón tras ellos que quien los efectúa conoce, también podríamos aplicar el razonamiento a nosotros mismos. Ante la perplejidad de ciertos actos involuntarios, incoherencias, olvidos o deslices, ¿qué pasaría si nos pensamos bajo esa ajenidad de la alteridad y suponemos que quizás haya razones que no conocemos? Ciertamente no es una afirmación práctica, pues este trabajo no puede realizarse sobre la propia persona. Es, entonces, el inicio de una hipótesis, un modo de acceder al concepto.

Primera pista, primer paso

“La fe en el acto de hablar, de prometer, demanda un acto de confianza insensato en el Otro”

Dufourmantelle, *En caso de amor*

Anne Dufourmantelle tiene la habilidad, como escritora, de dar con expresiones que vuelven a avivar ideas ya conocidas del psicoanálisis. ¿Cómo dar un primer paso en esta quietud que es a la vez la nombrada espera y el inicio de esta pregunta conceptual? Nos dice, “en la superficie del lamento nada se mueve” (2009, p.39). Vamos como detectives en busca de la sociedad secreta y, con nuestra nueva hipótesis, es posible dar un paso: hay algo, es posible poner a trabajar una pregunta de perspectiva o profundidad allí donde la *superficie* del lamento no permitiría ver nada. Sin embargo, recordando que somos posfreudianxs y que supone un trabajo la hipótesis del inconsciente, es simplemente un comienzo: acaso sean posibles algo así como lealtades secretas, pero no lo sabemos. La *posibilidad*, sin embargo, ya lo cambia todo. Es en este punto donde nos interesa avanzar con cuidado y no caer rápidamente en una versión sustancialista del inconsciente, según la cual diríamos que este “existe” y es “causa” de esta dispersión de la que hablamos. Sin pronunciarnos al respecto, nos interesa la dimensión conceptual, la *hipótesis* de que esto sea así. ¿Qué sucede cuando nos permitimos hacer esa pregunta? Curiosamente, a nuestro entender, esta observación de *Lo inconsciente* no está muy lejos de la entrada en análisis lacaniana: la suposición de saber respecto a la analista que nos habilita a esperar algo de aquel es correlativa a la convicción de que lo que nos sucede posee razones que alguien podría conocer, y esas razones se llaman in-

consciente (Lacan, 1965). No se trata de que lo sepa al modo de un contenido -tampoco era el caso de la sociedad secreta- sino de que se anocie de que aquello le concierne y pueda dirigir esa pregunta, esa insistencia, a quien ocupa el lugar de analista. Ante todo, tratándose de una *hipótesis*, pensamos que lo que se introduce es una posibilidad: es posible que esto sea así, aun si no lo sabemos, y esa posibilidad produce ya un movimiento. La posibilidad, quizás, de ese famoso *advenir* como sujeto (Lacan, 1965). Y esto, más allá de lo fenoménico, nuevamente conlleva el pensar: si la discontinuidad es “la forma esencial en que se nos aparece en primer lugar el inconsciente como fenómeno (...) ¿habremos de colocarla sobre el telón de fondo de una totalidad?” (Lacan, 1964, p.33). La respuesta, por supuesto, es que no. No obstante, la pregunta de conjunto sobre lo disperso y discontinuo invita a un trabajo.

Lo que nos interesa destacar, entonces, es que el inconsciente como hipótesis, en su estado de nacimiento conceptual -para hablar como Bachelard- posee ya en sí mismo un valor. Tal vez interese al respecto, por ejemplo, que en los estudios sobre la representación social del psicoanálisis la noción de “inconsciente” haya resultado en tercer lugar como la más popular, habiendo sido superada por “complejo” y “represión” (Moscovici, 1961, p.65). Sin embargo, habiendo introducido esta dimensión, sabemos precisamente que lo *conceptual* acarrea consigo el antiguo problema de su articulación con las prácticas. ¿Cómo es que este hace carne bajo esta dimensión que intentamos destacar? Siguiendo nuevamente a Cragnolini, lo que nos interesa destacar aquí es que la elaboración conceptual de lo inconsciente es correlativa a su uso en la clínica, pero no una mera copia de esta. No es, como en cirugía, la manipulación de un objeto anatómico para añadir dimensiones a nuestra base de datos. Lo inconsciente se elabora en la contrastación práctica, pero implicando a su vez un trabajo de pensamiento que posee una autonomía relativa. Es este punto el que, a nuestro entender, es más claro en aquellos escritos metapsicológicos. La articulación del pensamiento -que es una práctica- con otras prácticas, entonces, podría verse en el siguiente comentario de Canteros a propósito del trabajo con las histerias:

“El síntoma histérico, como todos los síntomas neuróticos, a pesar de presentarse como incomprensible, incoercible, o sea no reducible al pensar, e incoherente en su ensambladura. puede ser reducido, como dijimos, *al pensamiento*, a una lógica; puede ser comprendido si lo restituimos a sus enlaces inconscientes” (1995, p.323). (las cursivas son nuestras)

En el psicoanálisis, al mismo tiempo que se trata de una práctica clínica, se introduce un ejercicio de pensamiento correlativo que implica todas las exigencias de lo conceptual. Pero esta articulación se produce de un modo particular. “Comprender” y habilitar una práctica es distinto de *explicar* al modo del hallazgo de una causa, como un virus o la deficiencia de un neurotransmisor. Leemos en Lacan: “lo que importa no es que el inconsciente determine la neurosis. (...) Uno de estos días des-

cubrirán quizá algo, determinantes humorales, por ejemplo, da lo mismo: a Freud esto le tiene sin cuidado” (1964, p.30). Así, podríamos ver esto, por ejemplo, en el vínculo que posee -insistimos, en tanto concepto- con la regla fundamental del análisis. Si en *Lo inconsciente* estaba presente la pregunta en torno a esta discontinuidad de actos de un sujeto, la asociación libre precisamente busca -siguiendo a Lacan (1975)- un traspie que dé lugar a una división de esa unidad yoica a la que estamos habituados. Esto, en tanto mencionamos ya lo discontinuo como el espacio fenoménico de observación de lo inconsciente, a partir de esta división o escisión constituyente que es sujeto. La afirmación, sin embargo, puede resultar engañosa, ¿la discontinuidad es la forma en la que *se nos da a observar* como fenómeno el inconsciente porque suponemos de antemano su existencia y la reconocemos, o bien lo discontinuo como dato empírico es la ocasión para la hipótesis del inconsciente? Sin dar una última respuesta, queremos continuar con esta lectura conceptual sin tocar la cuestión de la “existencia” o la “presencia” fenoménica del inconsciente. Así como con el fenómeno de la represión, en este caso entre lo discontinuo y el concepto parecería darse, en todo caso, una suerte de sistema de resonancias. Los mismos problemas están en juego: la unidad y la discontinuidad, la posibilidad de una hipótesis o suposición a partir de lo discontinuo que motoriza un trabajo. Pero no se trata de un reconocimiento o una coincidencia, del develamiento moderno, sino de un salto conceptual que podría darse o no. Quisiéramos entonces pensar a dónde lleva ese salto.

Entonces, la aventura

La primera aventura, diríamos lacanianamente, es llegar a decir algo que pueda ser verdad, “porque podría llegar a serlo del todo, si lo fuese, y Dios sabe lo que sucede cuando algo, por ser verdad, no puede ya volver a entrar en duda” (Lacan, 1958, p.587). El reverso de la superficie del lamento parecería ser, entonces, la tierra segura y tranquila de la duda. Abandonarla trae sus consecuencias: sabemos que sacar a la luz algo de una sociedad secreta puede costarnos la vida, porque una vez que ha sucedido ella no nos dejará en paz. La película *Eyes wide shut* de Kubrick quizás deje pensar algo de esto. Allí, se narra simultáneamente dos aventuras. Por un lado, Tom Cruise, el esposo, inicia una serie de aventuras corporales: conoce *partenaires* con quienes se besa, se toca, y que finalmente lo llevan a una situación problemática. La gran aventura será, finalmente, el contacto con una sociedad secreta fetichista. Habiendo presenciado determinados ritos secretos, el personaje queda expuesto a una serie de asesinatos de la alta alcurnia en los que no debería haber participado como observador: ha cruzado el límite hacia la sociedad secreta. Paralelamente, su esposa, Nicole Kidman, vive otro tipo de aventuras. Las suyas son del orden de los sueños, de la fantasía: habría imaginado hace tiempo pasar una noche con otra persona, que llevaría a una nueva vida, y ese deseo tomó toda su imaginación. Luego, la misma noche

que Tom Cruise se ve envuelto en su *affaire* en aquella ostentosa mansión secreta, ella sueña que participa exactamente a la misma situación, pero en el lugar de esos cuerpos desnudos que eran admirados por todos. La tensión que recorre todo el film es el de la equivalencia entre los dos tipos de aventuras: una vez que el deseo existe, si este estalla como sueño y fantasía o como recorrido en fiestas de disfraces, al inconsciente lo tiene sin cuidado, la sociedad secreta ya se ha hecho presente. Algo ha sido llamado, se ha reconocido su presencia, y eso es lo que es irreversible.

¿Cómo es posible algo así? De algún modo, podríamos ubicar esto en primer término -siguiendo la puntuación de Canteros (1995)- en aquello que Freud pensaba como el *apremio* de la vida: existe en la dimensión pulsional de la vida una exigencia que, al comenzar ya en el propio cuerpo, no podrá nunca dejarse de lado. Podemos sí situar mediaciones, una distancia simbólica que abra un espacio habitable en el que no coincidamos inmediatamente con este apremio que se haría invivible. Hay un desbalance fundamental del principio de placer (y constancia) que, primero en el cuerpo y luego en la realidad, encontrará esta imposibilidad de satisfacción plena. Y, sin embargo, podríamos decir, de esta diferencia la vida puede extraer la posibilidad de la aventura, que no se confunde ni con la quietud del placer ni con la traición de la realidad, sino de su juego mutuo, del movimiento. La cual pone en juego la escisión fundamental del sujeto: no es sencillo elegir la aventura, en general conquista la *espera*. Salir de la espera es salir de este objeto protector, de estas lealtades secretas decididas hace tiempo que, perdiendo su carácter de *elección*, se presentaban como algo dado.

¿Una aventura se elige? Quizás en este punto nos encontremos en las condiciones en que Freud (1913) piensa la cuestión de la elección en aquel relato de los cofres. La elección no es la elección de nuestro capricho, sino, por así decirlo, la elección de la elección. Es decir, la posibilidad de elegir estar en juego en eso que no elegimos, pero que al mismo tiempo nos constituye. Porque no es solamente en relación al deseo, sino también a la neurosis misma que se juega la cuestión de la elección. Siguiendo a Soler (1988), por supuesto que no se trata de una elección al modo de libre albedrío. Más bien, la noción de *elección* intenta reponer -correlativamente a la sustitución de la etiología meramente traumática por la introducción del rol de la fantasía- es que en la construcción de una subjetividad hay un acto. Del cual, por supuesto, no se trata de hacerse responsable en términos jurídicos, pero sí reconocernos beneficiarios de su elección para poder, entonces, realizar otra. La buena nueva de la *elección*, tal como Canteros observa a propósito del texto de Freud, es que, aun frente a las determinaciones de lo real, por más tiranas que sean, nos permite abandonar la posición pasiva. En este sentido, tal vez pueda elegirse *una* aventura, pero no *qué* aventura.

A modo de cierre: un forastero llega a la ciudad

“Esta lealtad nos enceguece, nos desborda. Es como un instinto sacrificial que haría remontar la escena traumática tan bien enterrada desde el limbo hasta el presente”

Dufourmantelle, *En caso de amor*

Anne Dufourmantelle nombra como un *pacto secreto* eso que hacemos cuando, al vincularnos con unx otrx, depositamos allí mucho más de lo que en principio creeríamos. ¿Qué se pierde cuando se pierde a alguien o qué se espera cuando cierta persona no llega?: “alguna vez es su propia vida, otras veces su alma, su vocación, su salvajismo, su miseria, una deuda ancestral, siempre exorbitante, un valor pasado en dulzura, clandestino, que intercambiamos desde la primera mirada” (2009, p.68). La sociedad secreta pacta a través nuestro, a nuestro pesar, y sin embargo no podríamos decir que no hemos sido nosotrxs, que no es esta nuestra ciudad en la que dicha sociedad habita clandestinamente. Cuando notamos nuestra implicación quisiéramos desprendernos, pero ya no hay salida. Estamos como frente a Al Pacino que nos dice “no es nada personal, ¿sabe?, pero ya no puede salir de esta”. Y saber qué me quiere el Otro reviste siempre esa ambigüedad, ¿es realmente amistosa esta charla tan amable con la mafia, o mi vida pende de un hilo ahora que caí en las garras de la sociedad secreta?, ¿serán mis cómplices o caeré aprisionado? Nuevamente la cuestión de la elección: ya no se trata de elegir tener o no tener que ver con todo ello, sino de lo que hacemos ahora que ya nos vimos envueltxs. Eso extraño y desencajado que sucedía en la ciudad, esos hábitos algo inexplicables, esa espera sufriente que mencionábamos al inicio, que resultaba inexplicable es interpelada por la intuición de que la sociedad secreta está detrás de ello. ¡Lo sabía, debía haber una razón para ello! La hipótesis del inconsciente arriba como saber -al menos en parte- ya sabido. ¿Qué sucedería si dejamos de pensar la espera no deseada como algo descoordinado que no encaja con el resto de mis actos ordenados voluntaria y conscientemente y constituimos la hipótesis de un sentido inconsciente? La exigencia de pensamiento sería entonces: la espera nos miente, dice no saber nada más de sí, pero en verdad esconde lealtades secretas. Hay cosas que no podrá confesar, porque hacerlo le costaría la vida; no sirve de nada amenazarla, es necesario investigar sus razones, seguir los indicios.

La relación que nos interesa trazar entre la dimensión conceptual y aventurera del inconsciente es que, tal vez, la primera oficie las veces de mapa para la segunda. ¿En qué sentido? Si el peligro de hablar es llegar a decir algo que, *après-coup*, reconocemos como cierto, una de las astucias del psicoanálisis quizás podría pensarse como la puesta en funcionamiento de un trabajo conceptual en miras de este momento. Es decir, la construcción de un dispositivo de espera que, al mismo tiempo, induce un trabajo. Lo que sucede, como Freud explica en *Lo inconsciente*, es que esta reflexión hipotética sobre sí acerca

del lazo que une la dispersión de nuestros actos, pensamientos, deseos, posee un límite. Es necesario poner a trabajar a toda la ciudad, interrogar, buscar pistas. Pero, desde luego, ella no puede investigarse a sí misma. Como ha dicho Freud, si hubiera tan solo un sector del territorio donde ciertos crímenes fueran permitidos al modo de la excepción, ¿dónde se alojarían quienes desean cometerlos? Para ponerse a hablar hace falta de otrx, del entre dos. La sociedad secreta habita la ciudad, pero es necesario invitar a un forastero a recorrerla. Desde luego, la sociedad secreta notará inmediatamente su presencia, pues tiene sus informantes, y comenzará a actuar distinto. La variación, el titubeo, los traspiés de los ciudadanos que temen decir algo que sea cierto sucede. No es que no sepan de las lealtades secretas que sostienen su estado actual, es que decirlo implica tanto que se prefiere no pagar el precio. Cuando el puntapié ya ha sucedido, algo puede suceder. Un forastero que arriba anuncia una aventura posible, es casi una máxima de cualquier film.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, G. (2015). *L'avventura*. Roma: notttempo.
- Canteros, J. (1995). Consideraciones acerca del “Proyecto Freudiano”, en: *Revista de Psicoanálisis “Nuevas realidades”*, Asociación Psicoanalítica Argentina, Tomo LII, nº2.
- Canteros, J. (1995b). “Del apremio de la vida al Ananké. O la relación del sujeto con el semejante” en *Revista Argentina de Psicoanálisis*. Buenos Aires, Asociación Psicoanalítica Argentina, Tomo XLIX Nº 5-6.
- Cragolini, M. B. (2014). “El psicoanálisis en la filosofía” en *Calibán. Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, vol. 12, nº2.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1980). *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. (trad. Vázquez Pérez). Valencia: Pre-Textos, 1994.
- Dufourmantelle, A. (2009). *En caso de amor. Psicopatología de la vida amorosa* (trad. Macció). Buenos Aires, Amalia Federik, 2018.
- Freud, S. (1923). “El yo y el ello” en *Obras completas de Sigmund Freud IX* (trad. López-Ballesteros). Buenos Aires, Santiago Rueda, 1953.
- Freud, S. (1920). “Más allá del principio del placer” en *Obras Completas. Tomo XVIII*. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- Freud, S. (1915). “La represión” en *Obras completas de Sigmund Freud IX* (trad. López-Ballesteros). Buenos Aires, Santiago Rueda, 1953.
- Freud, S. (1915b). “Lo inconsciente” en *Obras completas de Sigmund Freud IX* (trad. López-Ballesteros). Buenos Aires, Santiago Rueda, 1953.
- Freud, S. (1913). “El motivo de la elección del cofre” en *Obras Completas. Tomo XII*. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- Lacan, J. (1975). “Intervención luego de la exposición de André Albert sobre El Placer y la regla fundamental”. Versión digital: www.psi.uba.ar/.../lacan-el_placer_y_la_regla_fundamental.pdf
- Lacan, J. (1966). “El seminario sobre La carta robada” en *Escritos 1* (trad. Segovia). Buenos Aires, Siglo XXI, 2012
- Lacan, J. (1965). *Seminario 12. Problemas cruciales del psicoanálisis* (trad. Delmont-Mauri y Sucre). Buenos Aires, Paidós, 1989.
- Lacan, J. (1965b). “La ciencia y la verdad” en *Escritos 2* (trad. Segovia). Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.



-
- Lacan, J. (1964). *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (trad. Delmont Mauri y Sucre). Buenos Aires, Paidós, 1989.
- Lacan, J. (1958). "La dirección de la cura y los principios de su poder" en *Escritos 2* (trad. Segovia). Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.
- Moscovici, S. (1961). *El psicoanálisis, su imagen y su público* (trad. Finetti). Buenos Aires, Huemul, 1979.
- Soler, C. (1988). "La elección de la neurosis" en *Finales de análisis*. Buenos Aires: Manantial.